

Para la hora del “Ángelus”.

Miércoles, 18/03/2020

Cuando los israelitas estaban a punto de alcanzar la tierra prometida, Moisés les invitó a renovar la alianza que Dios quiso pactar con ellos cuando los sacó de la esclavitud que sufrían en Egipto, y hablando a todo el pueblo, como si fuera una única persona, dijo: «Guárdate muy bien de olvidar los sucesos que vieron tus ojos, que no se aparten de tu memoria mientras vivas; cuéntaselo a tus hijos y nietos».

No creo que se aparten de nuestra memoria estas jornadas, a medio camino entre la angustia y la ansiedad, que estamos viviendo. Seguro que las contaremos a los que nos sigan en el camino de la vida. Pero ¿qué les contaremos?: ¿Lo mal que lo pasamos o lo que aprendimos en estos días de zozobra?

Si nos sirvieran para terminar de convencernos que la historia de los seres humanos está en las manos de Dios, por mucho que los que ostentan el poder creen que pueden regir el mundo a su antojo... Si nos sirvieran para hacer de la debilidad, virtud, y de la meditación el antídoto del estrés que envenena nuestras vidas... Si nos sirvieran para descubrir cuántas cosas útiles podemos hacer dentro de nuestras casas...

Esta oración de un Obispo italiano puede ayudarnos a hacer de este reto una oportunidad:

¡Me quedo en casa, Señor!
Y hoy caigo en la cuenta de que también esto
me lo enseñaste Tú,
quedándote, en obediencia al Padre,
treinta años en la casa de Nazaret,
antes de comenzar tu gran misión.

¡Me quedo en casa, Señor!
Y sé que no estoy solo,
porque María, nuestra madre,
está en casa, trabajando con alegría,
preparando la comida para nosotros,
para toda la gran familia de Dios.

¡Me quedo en casa, Señor!
Y lo hago con responsabilidad, por mi bien,
por la salud de mi ciudad, de mis seres queridos,
y por el bien de mi hermano,
que Tú has puesto a mi lado,
pidiéndome que lo cuide
en el jardín de la vida.

¡Me quedo en casa, Señor!
Y, en el silencio de Nazaret,
me comprometo a rezar, a leer,
a estudiar, a meditar,
a ser útil con pequeñas tareas,
para hacer que nuestra casa
sea más hermosa y acogedora.

¡Me quedo en casa, Señor!
Y no me siento solo y abandonado
porque Tú me has dicho:
"Yo estoy con vosotros todos los días".
Sí, estás siempre,
y especialmente en estos días de desconcierto, oh Señor,
en los que, si mi presencia no es necesaria,
me acercaré y amaré a todos y a cada uno
con las alas de la oración. Amén.